

## FESTIVIDAD DE SAN JORDI

50 aniversario de la dedicación del altar mayor de Montserrat

Homilía del P. Josep M. Soler, abad de Montserrat

23 de abril de 2009

Ap. 12, 10-12; 1Jn 5, 1-5; Jn 15, 1-8

En la celebración de hoy os invito, hermanas y hermanos en el Señor, a mirar tres cosas.

La primera, san Jordi, nuestro patrón. Un mártir muy venerado ya en el s. IV. De san Jordi sabemos lo más importante: era discípulo de Jesucristo y por él dio cruentamente la vida. A la luz radiante de la Pascua, vemos que su muerte no es una derrota, sino un triunfo unido al de Jesucristo. Por eso el *testimonio de su martirio* nos llena de alegría. Y nos anima a creer que, a pesar de las dificultades con que nos encontramos, *ahora se estableció la salud y el poderío, y el reinado de nuestro Dios*, - tal como decía el libro del Apocalipsis - *y la potestad de su Cristo* tras vencer toda la fuerza del Mal. San Jordi pudo afrontar la muerte por Cristo porque estaba profundamente unido a él, compartía su vida como *el sarmiento* comparte la de *la vid*, tal como nos ha dicho el evangelio. Ni la vida ni la perspectiva de la condena a muerte lo separaron de aquel a quien se había unido por la fe y por el bautismo. Esto es lo que sabemos seguro de nuestro patrón; ésta es su grandeza.

Como se desconocía, sin embargo, su vida concreta, se creó una leyenda en la época medieval según el gusto del tiempo, la del caballero, el dragón y la princesa. Esta es la figura más popular de San Jordi. Aunque, como cristianos, lo que nos interesa más es el San Jordi discípulo de Jesucristo hasta dar la vida, la leyenda también aporta un mensaje, nos habla de los ideales más nobles, de hacer el bien, de luchar incansablemente contra el mal y de liberar a personas de las situaciones de indignidad, de opresión, de esclavitud, nos habla de hacer justicia a los inocentes. Y, por tanto, de unos valores que son evangélicos.

La segunda cosa que los invito a mirar es a Cataluña en la fiesta de su Patrón y en el día de esta tradición, tan nuestra y tan llena de civismo, de la rosa y el libro. Se nota bastante desconcierto y pesimismo en nuestra sociedad. Por un lado, debido a la crisis económica actual con las dificultades graves que conlleva para personas, familias, empresas y administraciones. La situación pide reforzar las políticas sociales, fomentar la solidaridad y potenciar todo lo que pueda ayudar a salir. Pero al mismo tiempo, es necesario, también, recuperar los fundamentos éticos de la economía para no caer en la codicia del máximo beneficio que, según los analistas, es la base de la crisis económica global que sufrimos; y a la vez hay que moderar el afán de consumo que nos ha invadido a todos y que ha favorecido la búsqueda desmedida de ganancias. Por otro lado, la mirada sobre nuestro País nos indica que tenemos una sociedad dinámica en muchos aspectos, pero que hay mucha incertidumbre debido a las dificultades de financiación y de la falta de una visión clara de cuál puede ser nuestro futuro como pueblo, después de haber aprobado democráticamente del Estatuto y de ver cómo era impugnado y ahora está pendiente de veredicto. El momento actual pide favorecer la unidad de todos para defender respetuosamente pero decididamente nuestra dignidad como pueblo y nuestra personalidad nacional, con la suficiente amplitud de miras para no quedarnos encerrados en un mundo pequeño. Conviene transformar el pesimismo y el desencanto en estímulo para nuevas energías. Hoy lo ponemos bajo la intercesión de san Jordi, pidiendo también que nuestro pueblo no deje de lado las raíces cristianas que lo han forjado.

La tercera mirada es a nuestro altar mayor. Hoy hace cincuenta años que fue consagrado solemnemente, por condescendencia del papa Juan XXIII, por el Cardenal

Eugenio Tisserant, entonces decano del colegio cardenalicio. Mediante la consagración, este bloque de piedra de la montaña (de Montserrat) se convertía en símbolo de Cristo y del cristiano. En los cuatro lados hay esculpidas unas inscripciones en latín que explican su significado y su función. El altar, nos dicen, es el "ara del sacrificio en el templo del Señor": el lugar donde Jesucristo repite su donación al Padre a favor de la humanidad, y en tanto que el ara del sacrificio de Jesús en la cruz fue su propio cuerpo, el altar en la basílica es símbolo de Cristo. Es, también, "mesa del Señor en la casa del Señor": lugar de la comida pascual en torno al cual se reúne la familia de los discípulos de Jesús para vivir la unión con él y en el amor fraterno, tomando un mismo pan que les hace un mismo cuerpo eclesial. Y, aún, "sepulcro de los mártires en la Iglesia de los Santos", es decir: en la Iglesia de los fieles: el altar contiene reliquias de mártires -entre otros, de San Jordi - y santos porque une la Iglesia del cielo y la tierra con Dios Padre y con el Salvador Jesucristo por obra del Espíritu. El altar es también símbolo del cristiano; incorporados a Jesucristo por los sacramentos pascales, nuestro corazón se convierte en un altar espiritual de alabanza y de ofrenda del sacrificio de una vida grata a Dios. Contemplar y venerar el altar nos debe llevar a contemplar y venerar a Cristo, pero también a tomar conciencia del culto espiritual que, unidos a la oblación de Jesucristo, hemos de ofrecer en espíritu, en verdad y en el amor fraterno.

Ara en la cual el Señor se nos da, mesa de la comida de la nueva pascua, el altar es para construirmos como personas y como pueblo de Dios. Lo dice otra frase, la que hemos puesto en el recordatorio de esta efeméride: "sobre esta piedra dedicada a la Natividad de María edificaré mi iglesia de Montserrat": la gracia que nos viene del altar con la celebración eucarística, nos edifica como Iglesia, como pueblo cristiano, unidos espiritualmente a Santa María. Esto ocurre de una manera particular en los monjes, que cada día, en torno a este altar tan querido, ofrecemos la alabanza y la intercesión en la comunión eclesial y en nombre de toda la humanidad; cada día escuchamos la Palabra divina y celebramos la eucaristía. Además, hacemos la profesión monástica, los candidatos al ministerio reciben la ordenación, y, aún, este altar será el lugar donde, después de nuestra muerte, se ofrecerá la oblación eucarística para que podamos participar del altar del cielo. Pero también los escolanes y los peregrinos de Montserrat crecen como hijos de Dios y como Iglesia por la gracia que el Señor les ofrece desde este altar.

Por eso, como dice otra frase, cada día expresamos en este sitio nuestra confianza en Dios, renovando, en el caso de los monjes, nuestra profesión: "recíbeme, Señor, según tu Palabra y viviré". *El que permanece en mí y yo en él, ése da fruto abundante*, nos ha dicho el Señor en el evangelio de hoy. Confiando en esta "palabra", deseamos tener "vida". Por eso, después de la oración eucarística, nos acercaremos al altar para recibir los Santos Dones y acoger la vida divina; entraremos en comunión íntima con Jesucristo para que nos otorgue el *dar fruto*, fundamentados en la roca firme de la fe sobre la que él construye su Iglesia.